

Los libros de texto, ¿una ayuda para el cambio?

Cuando comenzó a experimentarse la reforma, hace ya algunos años, se decía que iban a desaparecer los libros de texto y que los profesores tendrían que construirse el suyo elaborando sus propios materiales de aula. Ya se veía entonces que era una pretensión utópica; a lo sumo los profesores de un departamento, que asuman unos planteamientos didácticos semejantes, y... con muchas ganas de trabajar, pueden ir preparando alguna unidad didáctica cada año, pero de ahí a que elaboren todas las unidades de todos los cursos media bastante trecho. Para ello, además, hubiese sido preciso que se hubiesen publicado y distribuido, preferentemente por parte del MEC, una gran variedad de materiales, con muy diferentes enfoques y con facilidad para su reproducción.

Al establecerse el carácter abierto del currículo, muchas voces alertaron sobre el peligro de que «las editoriales cerrasen el currículo». Sin ir más lejos, en la reforma de los años setenta, el currículo era bastante abierto –tan abierto que los programas de BUP no llegaban a ocupar dos páginas del BOE– y, sin embargo, se llegó a una uniformidad bastante alta, debido a que todos los textos se parecían bastante y en algunos temas con unas interpretaciones no muy de acuerdo con el espíritu de los programas.

Otro interrogante que surgía era saber si los nuevos libros iban a ser como los anteriores, con un mero lavado de cara y la inclusión de unos toques formales para adaptarse a la nueva situación. O, por el contrario, se iban a impregnar del «espíritu» del DCB e incorporaban los cambios fundamentales que se propugnan en él, esto es, si se introducirían los conceptos inductivamente y no deductivamente; si se iba a guardar un

equilibrio entre cálculo escrito, mental y mecánico; si la estimación y aproximación constituirían algo más que una lección; si se iban a suprimir las largas colecciones de ejercicios mecánicos y, en cambio, se proponían verdaderos problemas; si se iba a bascular desde unas matemáticas precisas a unas aproximadas; si la estadística y el azar serían las últimas lecciones –por si no había tiempo–; si se aprovecharía la historia de las matemáticas como recurso didáctico; sí...

En los ya abundantes ejemplos de manuales que han aparecido, al llegar la reforma a la secundaria, encontramos recogidos algunos de estos aspectos pero también carencias o recaídas en viejas fórmulas. Además cabe cuestionarse si autores y editores se han preguntado sobre la coherencia entre los planteamientos didácticos, basados en dejar tiempo a los alumnos para construir sus aprendizajes, lo abultado de las propuestas de contenidos y el tiempo real disponible para la clase de matemáticas...

Ante esta perspectiva, los departamentos de profesores tienen ante sí la difícil tarea de plantearse y dar respuesta a cuestiones como: ¿se elige un libro de texto?, ¿cuál?, ¿qué características se le exigirá?, ¿los contenidos introducidos son compatibles con el tiempo necesario para desarrollarlos con la metodología que se propugna?, ¿cómo se utilizará?... Todo ello será clave para el futuro de la enseñanza y aprendizaje de nuestra materia en los próximos años.

Al integrarse la Organización Española para la Coeducación Matemática «Ada Byron» en la FESPM, deseamos, desde SUMA y aprovechando este editorial, dar la bienvenida a los nuevos socios y socias –muchos de ellos ya pertenecientes a otras sociedades federadas– y ofrecerles nuestra revista, la suya desde este momento.